

al lujo y sed de riquezas, ni fué más constante en el culto á la templanza y la pobreza; de tal manera acomodaba sus deseos á su riqueza. En nuestros días es cuando la opulencia ha engendrado la avaricia, el desbordamiento de los placeres y un como deseo de perderlo todo en el deleite y desenfreno. Pero estas quejas mías, aun siendo necesarias, tendrían poco éxito, y debo por consiguiente prescindir de ellas en los comienzos de este gran trabajo. Mejor sería, si tuviese el privilegio de los poetas, empezar invocando los dioses y los diosas, para conseguir de ellos, por medio de súplicas y ruegos, que lleven á término feliz esta grande empresa.

Llegada de Eneas á Italia y su casamiento con Livinia, hija del rey Latino.—Reinado de Ascanio en Alba y de los Silvios, sus sucesores.—Rhea, sorprendida por Marte, concibe dos hijos, que son Rómulo y Remo.—Muerte de Amulio.—Fundación de Roma.—Establecimiento del Senado.—Guerra con los sabinos.—Consagración de despojos ópimos á Júpiter Feretriano.—División del pueblo en curias.—Derrota de los fidenatos y de los veyos.—Honores fúnebres á Rómulo.—Numa Pompilio establece las ceremonias religiosas; dedica un templo á Jano; ajusta la paz en todos los pueblos vecinos, y es el primero que cierra las puertas de aquel templo. Merced á los nocturnos coloquios que finge tener con la ninfa Egeria, inspira sentimientos religiosos á aquel pueblo rudo.—Tulo Hostilio hace la guerra á los albanos.—Combate de los Horacios y Curiacios. Perdón de Horacio.—Suplicio de Mecio, rey de Alba.—Destrucción de Alba é incorporación de sus habitantes á Roma.—Guerra con los sabinos.—Muerte de Tulo.—Anco Marcio establece las ceremonias de Numa; derrota á los latinos, les otorga el derecho de ciudadanía y les da por morada el monte Aventino.—Segunda toma de Politorio, ciudad del Lacio, de la que se habían apoderado los antiguos latinos, y destrucción de esta ciudad.—Anco construye un puente de madera sobre el Tíber; une el monte Janículo á la ciudad y ensancha las

al lujo y sed de riquezas, ni fué más constante en el culto á la templanza y la pobreza; de tal manera acomodaba sus deseos á su riqueza. En nuestros días es cuando la opulencia ha engendrado la avaricia, el desbordamiento de los placeres y un como deseo de perderlo todo en el deleite y desenfreno. Pero estas quejas mías, aun siendo necesarias, tendrían poco éxito, y debo por consiguiente prescindir de ellas en los comienzos de este gran trabajo. Mejor sería, si tuviese el privilegio de los poetas, empezar invocando los dioses y los diosas, para conseguir de ellos, por medio de súplicas y ruegos, que lleven á término feliz esta grande empresa.

LIBRO PRIMERO

DE LA PRIMERA DÉCADA.

SUMARIO.

Llegada de Eneas á Italia y su casamiento con Livinia, hija del rey Latino.—Reinado de Ascanio en Alba y de los Silvios, sus sucesores.—Rhea, sorprendida por Marte, concibe dos hijos, que son Rómulo y Remo.—Muerte de Amulio.—Fundación de Roma.—Establecimiento del Senado.—Guerra con los sabinos.—Consagración de despojos ópimos á Júpiter Feretriano.—División del pueblo en curias.—Derrota de los fidenatos y de los veyos.—Honores fúnebres á Rómulo.—Numa Pompilio establece las ceremonias religiosas; dedica un templo á Jano; ajusta la paz en todos los pueblos vecinos, y es el primero que cierra las puertas de aquel templo. Merced á los nocturnos coloquios que finge tener con la ninfa Egeria, inspira sentimientos religiosos á aquel pueblo rudo.—Tulo Hostilio hace la guerra á los albanos.—Combate de los Horacios y Curiacios. Perdón de Horacio.—Suplicio de Mecio, rey de Alba.—Destrucción de Alba é incorporación de sus habitantes á Roma.—Guerra con los sabinos.—Muerte de Tulo.—Anco Marcio establece las ceremonias de Numa; derrota á los latinos, les otorga el derecho de ciudadanía y les da por morada el monte Aventino.—Segunda toma de Politorio, ciudad del Lacio, de la que se habían apoderado los antiguos latinos, y destrucción de esta ciudad.—Anco construye un puente de madera sobre el Tíber; une el monte Janículo á la ciudad y ensancha las

fronteras de su imperio; edifica a Ostia y muere después de reinar veinticuatro años. Bajo su reinado viene á Roma desde Tarquinia, ciudad de Etruria, Lecumón, hijo del corintiano Demarato; admitido en la intimidad de Anco, toma el nombre de Tarquino, sucediéndole en el trono después de su muerte. Aumenta en ciento el número de senadores; somete á los latinos; traza el recinto del circo y establece juegos. Atacado por los sabinos, aumenta las centurias de los caballeros. Para probar la ciencia del augur Acio Navio, le pregunta si es posible lo que en aquel momento piensa, y ante contestación afirmativa le manda partir una piedra con un cuchillo, cosa que el augur realiza en el acto.—Derrota de los sabinos; alzanse las murallas de Roma; construcción de las cloacas.—Los hijos de Anco asesinan á Tarquino, que reinó treinta y ocho años.—Le sucede Servio Tulio, hijo de un noble cautivo de Cornículo; la tradición refería de éste que en su infancia se vieron fulgores en derredor de su cabeza; derrota de los veyos y de los etruscos.—Establecimiento del censo, que eleva, según se dice, á ochenta mil el número de los ciudadanos.—Ceremonia del lustro.—División del pueblo en clases y centurias.—El rey traslada el Pomerium para reunir á la ciudad los montes Quirinal, Viminal y Esquilino.—De acuerdo con los latinos eleva un templo á Diana en el monte Aventino.—Le asesina L. Tarquino, hijo de Prisco, por instigación de su hija Tulia, después de un reinado de cuarenta años.—A su muerte, Tarquino el Soberbio se apodera del trono sin el consentimiento del Senado ni del pueblo: el día de la usurpación la infame Tulia hace pasar su carro sobre el cuerpo de su padre.—Tarquino se rodea de grandes ejércitos para la seguridad de su persona.—Turno Herdonio perezce víctima de su perfidia.—Tarquino hace la guerra á los volscos, y con sus despojos construye un templo á Júpiter en el Capitolio.—El dios Término y la diosa de la Juventud resisten á la destrucción, y sus altares quedan dentro del templo nuevo.—Sexto Tarquino, su hijo, se apodera por astucia de la ciudad de los gabienos.—Sus hijos marchan á Delfos y consultan el oráculo para saber cuál de ellos recibirá la corona: contesta el oráculo que reinará aquel que dé el primer beso á su madre.—Engañanse acerca del sentido del oráculo: Junio Bruto, que les ha-

bia acompañado, se deja caer como por torpeza y besa la tierra; el éxito no tardó en justificar su interpretación; en efecto, habiendo provocado general indignación la tiranía de Tarquino el Soberbio, su hijo Sexto la hace desbordar deshonrando á Lucrecia, á la que sorprendió de noche por violencia; manda ésta llamar á su padre Trispitino y á Colatino, su esposo, y se mata á su vista, después de hacerlos jurar que vendrán su muerte. Gracias á los esfuerzos de Bruto, cúmplase este juramento.—Tarquino es depuesto después de reinar veinticinco años.—Creación de los primeros cónsules L. Junio Bruto y L. Tarquino Colatino.

En primer lugar, cosa sabida es que después de la toma de Troya los griegos mostraron suma crueldad sobre el pueblo troyano, exceptuando Eneas y Antenor, bien porque les protegiese el derecho de antigua hospitalidad, bien porque habiendo aconsejado constantemente entregar á Helena y ajustar la paz, inclinase al vencedor á no usar de los derechos de la guerra. Sabido es también generalmente que después de diferentes contrastes de fortuna, Antenor, al frente de buen golpe de henetos, que arrojados de Paflagonia por una sedición y privados de su rey Filemeno, muerto bajo las murallas de Troya, buscaban caudillo y terreno en que acomodarse, penetró hasta lo último del golfo Adriático, y arrojando á los eugeneos, establecidos entre el mar y los Alpes, los henetos, reunidos con los troyanos, se apoderaron de su territorio. El paraje en que primeramente se establecieron ha conservado el nombre de Troya, así como también la comarca que de aquél depende, pero todos los moradores se llaman venetos.

La misma catástrofe arrojó á Eneas de su patria; pero destinándole la fortuna á realizar empresas de mayor esfuerzo, llegó primeramente á Macedonia, pasó de allí á Sicilia, desde donde, buscando sin descanso

una patria, arribó con su flota á los campos Laurentos, llamados así del nombre de Troya.

Una vez en estas playas, los troyanos, á quienes tan larga navegación por aquellos mares, por los que habían vagado durante años, solamente les había dejado armas y naves, se desparramaron por las campiñas en busca de botín, cuando el rey Latino y los aborígenes, que ocupaban entonces la comarca, acudieron en son de guerra desde la ciudad y parajes inmediatos, para rechazar la agresión de aquellos extranjeros. Dicen unos (1) que después de ser derrotado ajustó Latino la paz y se alió con Eneas. Otros aseguran que estando frente á frente los ejércitos, antes de darse la señal, avanzó Latino con lo más escogido de los suyos é invitó al jefe de los extranjeros á una conferencia. Preguntóle de qué nación eran, de dónde venían, qué revés de fortuna les había desterrado de su país y qué propósito les traía á los campos Laurentinos. Cuando se enteró de que eran troyanos, que su capitán era Eneas, hijo de Anquises y de Venus, y que huyendo de su patria y sus moradas incendiadas buscaban paraje para edificar una ciudad, pasmado de admiración ante aquel glorioso pueblo y su caudillo, viéndoles además tan dispuestos á la guerra como á la paz, tendió la mano á Eneas como prueba de su futura amistad. Ajustóse entonces el tratado entre los jefes y se reunieron los ejércitos. Eneas vino á ser huésped de Latino, y éste, en su palacio, ante el altar de sus dioses penates, le dió á su hija por esposa, para estrechar con lazos domésticos la unión de los dos pueblos. Esta unión robusteció la esperanza de los troyanos de tener al fin una patria duradera que pusiese término á su vagabundo destino.

(1) De las dos tradiciones que cita Tito Livio, la segunda parece ser muy antigua.

Constituyeron, pues, una ciudad, y Eneas, del nombre de su esposa, la llamó Lavinia. De este matrimonio nació muy pronto un hijo, á quien sus padres llamaron Ascanio.

Los aborígenes y los troyanos reunidos tuvieron que sostener una guerra. Turno, rey de los rútuos, á quien había sido prometida Lavinia antes de la llegada de Eneas, irritado al verse pospuesto á un extranjero, declaró la guerra á los latinos y á Eneas á la vez. Ninguno resultó ganancioso en aquel combate, porque si los rútuos quedaron vencidos, la victoria costó á los aborígenes y á los troyanos su jefe Latino. Desconfiando del triunfo Turno y los rútuos, buscaron apoyo en la nación, floreciente entonces, de los etruscos y en su rey Mecencio; quien habiendo establecido desde el principio el trono de su imperio en la opulenta ciudad de Cerea (1), veía con inquietud que se construía una ciudad nueva; y creyendo en seguida muy amenazada la seguridad de los pueblos comarcanos por el rápido desarrollo de la colonia troyana, reunió gustoso sus armas con las de los rútuos. Teniendo Eneas que hacer frente á tan formidables adversarios, para asegurarse en contra de ellos de la fidelidad de los aborígenes, quiso reunir bajo el mismo nombre dos pueblos que estaban sometidos ya á las mismas leyes, denominándolos en común latinos. Desde aquel entonces rivalizaron los aborígenes con los troyanos en abnegación y fidelidad por Eneas. Fuerte Eneas con las buenas disposiciones de aquellos dos pueblos, cuya unión se estrechaba diariamente, se atrevió á arrostrar las fuerzas de los etruscos, cuya fama llenaba entonces la tierra y el mar en toda Italia, desde los Alpes hasta el estrecho

(1) Ciudad pelásgica; primeramente se llamó Agyla y más tarde estuvo sometida á la Etruria. En tiempos de Tito Livio solamente quedaban de ella ruinas.

de Sicilia; y aunque podía resistirles detrás de sus murallas, sacó sus huestes y les presentó batalla. Los latinos quedaron victoriosos, pero aquella fué la última hazaña mortal de Eneas, quien, sea quien quiera, quedó sepultado en las orillas del Numicio (1), donde se le llama Júpiter Tutelar (2).

A la muerte de Eneas, su hijo Ascanio no se encontraba aún en edad de reinar; sin embargo, conservósele el poder sin menoscabo. La tutela de una mujer (tan superior ánimo tenía Lavinia) bastó para conservar su importancia á los latinos, y á aquel niño el trono de su abuelo y de su padre. No aseguraré (¿quién puede asegurar nada en un hecho tan remoto?) si se trata ciertamente de Ascanio (3) ó de algún otro niño nacido de Creusa antes de la destrucción de Troya, y que acompañó á su padre en la huida; de aquel que llevaba el nombre de Julio y al que atribuye su origen la familia Julia. Este Ascanio, pues, cualquiera que sea su nombre y el lugar de su nacimiento (puesto que consta que es hijo de Eneas), viendo que crecía con exceso la población de Lavinia, dejó la ciudad, floreciente é importante ya para aquellos tiempos, á su madre ó á su suegra y marchó á fundar otra al pie del monte Albano; la cual ciudad, por extenderse á lo largo de la falda del monte, llamóse Alba Longa. Habían transcurrido cerca

(1) Según Dionisio de Halicarnaso, no se encontró el cuerpo de Eneas.

(2) Se acostumbraba á cambiar el nombre de los mortales cuando pasaban al rango de dioses: así Rómulo recibió el de Quirino.

(3) Fabio habla de una tradición doble. Otros historiadores lo creen hijo de una troyana; mas para no atribuir á los reyes de Alba origen extranjero, le dan por sucesor á su hermano Silvio, nacido de Lavinia. Al suponerlo Tito Livio hijo de Lavinia y padre de Silvio, aumenta una generación á la serie de los reyes albanos. Ignórase en qué autoridad se apoya, y Servio tiene esta aserción por un error.

de treinta años desde la fundación de Lavinia y la de esta colonia, á que dió origen. Tal desarrollo había adquirido aquel pueblo, especialmente desde la derrota de los etruscos, que ni por la muerte de Eneas, ni por la tutela de una mujer, ni por la inexperiencia del joven en el arte de reinar, se atrevieron á moverse Mecencio y sus etruscos, así como tampoco ninguno de los pueblos comarcanos. El convenio de paz había establecido como límite entre los etruscos y los latinos el río Albula, llamado ahora Tíber. A Ascanio sucedió su hijo Silvio, nacido, ignoro por qué casualidad, en medio de los bosques. Éste es padre de Eneas Silvio, cuyo hijo fué Latino Silvio. Fundó éste algunas colonias, estos fueron los antiguos Latinos (1), y desde aquel tiempo quedó el nombre de Silvio como apelativo de todos los reyes que reinaron en Alba. Después se suceden de padre á hijo Alba, Atys, Capys, Capeto y Tiberino; ahogóse éste al atravesar el río Albula, al que dió su nombre, llegando á ser tan célebre en la posteridad. A Tiberino siguió su hijo Agripa, y á éste Rómulo Silvio. Muerto Rómulo por el rayo, dejó el cetro en manos de Aventino. Sepultado éste en la colina que hoy forma parte de Roma, la dió su nombre. Sucedióle Procas, padre de Numitor y de Amulio, y dejó á Numitor, el mayor de sus hijos, el reino de la raza de los Silvios; pero la violencia pudo más que la voluntad paterna y el respeto á la primogenitura. Amulio expulsó á su hermano y se apoderó del trono: añadiendo un crimen á otro crimen, mató á todos los hijos varones de su hermano, y so pretexto de honrar á Rhea Silvia, hija de Amulio, la hizo vestal, obligándola por tanto á guardar perpetua virginidad y privándola de la esperanza de tener sucesión.

(1) Festo les da con propiedad el nombre de latinos á los que existieron antes de la fundación de Roma.

Mas los hados debían al mundo, según creó, el nacimiento de ciudad tan grande y el establecimiento de este imperio, el más poderoso después del de los dioses. Resultando por violencia madre de dos hijos, bien por convencimiento, bien porque un dios era más honesto autor de culpa, atribuyó á Marte aquella incierta paternidad. Pero ni los dioses ni los hombres pudieron librar á la madre ni á los hijos de la crueldad del rey: la sacerdotisa fué encadenada y presa (1) y mandóse que arrojaran los niños al río. Mas por maravilloso evento, el Tíber habíase desbordado, formando en las riberas charcas que impedían llegar hasta su cauce ordinario: sin embargo, los ejecutores de las órdenes del rey creyeron que en aquellas charcas, no obstante su poca profundidad, podían ahogarse los niños; arrojáronlos, pues, en la primera, en el sitio donde hoy se encuentra la Higuera Ruminal, que dicen se llamó Rumular en otro tiempo. Aquellos parajes eran entonces vastas soledades. Refiérese que siendo escasas las aguas en aquella laguna, dejaron en seco la cuna de los dos niños: una loba sedienta, atraída por el llanto de los niños, bajó de las montañas inmediatas, acercóse á ellos, y de tal manera se amansó, que empezó á lactarles, encontrándola el pastor mayor de los rebaños del rey acariciando á los niños con la lengua. Dase el nombre de Fáustulo á este pastor, y se refiere que se llevó á los niños, encargándolos á su mujer Laurencia. No faltan quienes crean que esta Laurencia era una prostituta á quienes los pastores llamaban Loba, arrancando de aquí esta tradición maravillosa. Tales fueron el nacimiento y educación de aquellos niños, que en cuanto

(1) A los acusados distinguidos no se les encerraba en ningún establecimiento público, sino que se confiaban á la custodia de algún magistrado, que los guardaba en su casa bajo su responsabilidad.

fueron adolescentes despreciaron la ociosidad y vida reposada de pastores, atrayéndoles la caza á los bosques inmediatos; adquiriendo en la fatiga fuerza y valor, no se limitaron ya á perseguir fieras, sino que acometían á los ladrones y repartían el botín entre los pastores; con estas cosas acudían diariamente muchos jóvenes, asociándose á sus peligros y á sus juegos.

Ya en aquel tiempo gozaban de celebridad las fiestas Lupercales (1) en el monte Palatino, llamado Palancio, de Palantea, ciudad de la Arcadia. Allí fué donde Evandro, uno de los arcadianos establecidos desde mucho antes en aquellas comarcas, había creado, siguiendo la costumbre de su país, aquellas fiestas, en las que, jóvenes arrebatados por la embriaguez de licenciosa alegría, corrían desnudos en honor del dios Pan, que los romanos llamaron después con el nombre de Inius. En medio de estas fiestas, cuya celebración habíase anunciado, enfurecidos los ladrones por la pérdida de sus presas, sorprendieron á Rómulo y Remo: el primero se defendió valerosamente, pero el segundo cayó en sus manos, y una vez prisionero, le entregaron al rey Amulio, abrumándole con acusaciones, especialmente de entrar con su hermano por tierras de Numitor y de saquearlas como país enemigo con una turba de jóvenes armados. Remo quedó, por tanto, á merced de la venganza de Numitor. Desde mucho antes sospechaba Testulo que los niños por él recogidos pertenecían á regia estirpe, porque conocía la orden del rey de arrojar á los recién nacidos, y la época en que los recogió

(1) Sabido es que estas fiestas se celebraban en honor del dios Pan. Los sacerdotes de este dios se llamaban *Luperci*. Estas fiestas, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, las restableció Augusto y subsistieron probablemente hasta el siglo VI de nuestra era. En el siglo V se celebraban todavía en Roma y en la Galia.

coincidía con la de la orden, pero no había querido revelar aquel secreto antes de tiempo, esperando á que la ocasión ó la necesidad le obligasen á hablar; la necesidad llegó primero, y desechando el miedo, reveló á Rómulo el secreto de su nacimiento. La casualidad había hecho que Numitor, dueño de Remo, oyese que los dos hermanos eran gemelos, y que por su edad, por su noble altivez, brotase en su corazón el recuerdo de sus nietos; á fuerza de investigaciones, andaba cerca de la verdad y no lejos de reconocer á Remo. Dió esto lugar á que por todas partes se urdiese una trama contra el rey. Demasiado débil Rómulo para obrar á cara descubierta, se abstuvo de ponerse á la cabeza de sus pastores, mandándoles que acudiesen al palacio á hora determinada y por diferentes caminos. Allí cayeron sobre el rey: Remo les ayudó al frente de las fuerzas de Numitor, y de esta manera mataron á Amulio.

En medio del primer tumulto, Numitor dió la voz de que el enemigo invadía la ciudad, que asediaba el palacio, y separó á la juventud albana, mandándola á defender la fortaleza; mas cuando vió á los jóvenes vencedores venir triunfantes, consumada ya la muerte, reunió un consejo, recordó los atentados de su hermano contra su persona, el origen de sus nietos, su nacimiento, cómo habían sido criados, por qué señales les había reconocido, y reveló la muerte del tirano como realizada por su orden. Los jóvenes se presentaron á la asamblea al frente de los suyos, aclaman por rey á su abuelo, y la multitud, arrastrada por el ejemplo, confirma el título con unánime consentimiento. Restablecido Numitor en el trono albano, Rómulo y Remo concibieron el deseo de fundar una ciudad en el paraje mismo donde habían sido arrojados y criados. La muchedumbre de habitantes que llenaba Alba y el Lacio, aumentada más y más con el concurso de los pastores, hacía

esperar que la nueva ciudad superase á Alba y Lavinia. Aguijoneaba este deseo la sed de mando, mal hereditario en ellos, y odiosa lucha terminó el debate tranquilo al principio. Como eran gemelos y no podían decidir la primogenitura, encomendaron á las divinidades tutelares de aquellos parajes el cuidado de designar por medio de augurios cuál de los dos había de dar nombre y regir la nueva ciudad, retirándose Rómulo al Palatino y Remo al Aventino, para inaugurar allí los templos augurales (1).

Dícese que Remo recibió primero los augurios: constituíanlos seis buitres, y acababa de anunciarlo, cuando Rómulo vió doce; siendo aclamado rey cada hermano por los suyos, fundándose unos en la prioridad, los otros en el número de las aves. La ira convirtió en sangriento combate el altercado, y en la acometida cayó muerto Remo. Según la tradición más común, Remo saltó por juego las nuevas murallas (2) que Rómulo había construido, y enfurecido éste, le mató, exclamando: «Así perezca todo el que se atreva á saltar mis mu-

(1) De pie y vuelto el semblante hacia el Norte, morada de los dioses etruscos, el augur describía con el *lituus*, bastón encorvado, una línea que pasaba sobre su cabeza de Norte á Mediodía, cortando el cielo en dos regiones, siendo la favorable la del Este y la siniestra la del Oeste. Otra línea cortaba en cruz la primera, y las cuatro regiones tomadas por estas dos líneas se subdividían hasta el número de dieciséis. Todo el cielo dividido de esta manera por el *lituus* del augur quedaba sometido á su observación y convertido en templo. Empleábase una fórmula para declarar formado el templo, y lo mismo existía cuando lo designaban las palabras que cuando estaba rodeado de muros, siendo sus límites igualmente sagrados é infranqueables. La entrada estaba siempre al Mediodía y el santuario al Norte.

(2) Tal vez solamente se refería la tradición al surco que un arado arrastrado por un toro y una vaca trazaba alrededor del sitio que debía ocupar la ciudad nueva para determinar sus límites.

trallas. Quedando solo Rómulo, la nueva ciudad tomó el nombre de su fundador (1), quien fortificó ante todo el monte Palatino, sobre el cual había sido aclamado. En todos los sacrificios dedicados á los dioses había observado el rito albano, siguiendo únicamente para Hércules el rito griego tal como lo estableció Evandro. Dícese que en aquellos parajes fué donde Hércules, vencedor de Gerión, llevó bueyes de singular hermosura; después de atravesar el Tíber á nado con su rebaño, detúvose en las riberas del río, en sitio de abundantes pastos, para dar alimento y descanso al ganado, y cansado él también, se acostó sobre la hierba; mientras dormía profundamente allí, repleto de comida y de vino, un pastor de la comarca llamado Caco, extraordinariamente robusto, seducido por la hermosura de los bueyes, decidió robarlos. Pero temeroso de que si los llevaba en línea recta, las huellas guiarían á su cueva al dueño cuando los buscase, eligió los más hermosos, y cogiéndoles por la cola, los llevó andando al revés hasta su morada. Despertó Hércules con los primeros albos del día; examinó el rebaño, y notando que le faltaba una parte de él, marchó directamente á la cueva inmediata, pensando que las huellas llevarían á ella; pero todas se dirigían en sentido contrario, sin que ninguna siguiese otra dirección. Incierto y confuso, apresuróse á alejar al rebaño de aquellos peligrosos prados; pero en el momento de la partida, algunas vacas demostraron con mugidos, á la manera que suelen hacerlo, su disgusto por separarse de sus compañeros: respondieron los escondidos, y su voz llevó hácia aquel lado á Hércules. Acudió á la cueva, Caco se esforzó en

(1) Los romanos no estaban de acuerdo en cuanto á la fecha de la fundación de Roma. Catón la fija en el II de las kalendas de Mayo, es decir, el 27 de Abril del primer año de la olimpiada séptima, 751 antes de nuestra era. Varrón, dos años antes.

disputarle la entrada; implorando, aunque en vano, el auxilio de los pastores, pero cayó bajo la formidable maza. Evandro, que había venido del Peloponeso buscando asilo en aquellas comarcas, más las gobernaba con su influencia que con verdadera autoridad. Debía su ascendiente al conocimiento de la escritura, maravilla desconocida en aquellas naciones, ignorantes de las artes; pero mucho más aún por la creencia propagada acerca de su madre Carmeta, á la que se consideraba como divinidad, y cuyos vaticinios, anteriores á la llegada de las Sibilas á Italia, habían inspirado admiración á aquellos pueblos. Atraído por la muchedumbre de pastores, reunidos tumultuosamente en torno de aquel extranjero, al que denunciaban á gritos como asesino, enteróse á la vez del crimen y de su causa; mas admirado en seguida de la majestad del héroe y de su elevada estatura, tan superior á la de los hombres, preguntóle quién era, y apenas pronunció su nombre, el de su padre y el de su patria, dijo: «Hércules, hijo de Júpiter, yo te saludo. Mi madre, verdadera intérprete de los dioses, me predijo que habías de aumentar el número de las divinidades, y que en estos parajes se alzaría en honor tuyo un altar destinado á recibir un día de la nación más poderosa del mundo el nombre de Máximo, y cuyo culto tú mismo ordenarías.» Tendiéndole Hércules la mano, le contesta que acepta el presagio, y que para cumplir el destino, él mismo va á erigir el altar y á consagrarlo. Escogió entonces el buey más hermoso del rebaño y se ofreció el primer sacrificio á Hércules. Los Poticios y Pinarios, que eran las familias más esclarecidas de la comarca, elegidos por ministros del sacrificio, ocuparon asiento en el banquete sagrado. Hizo el acaso que llegasen los Poticios al principio del festín y que se les sirviese la carne de la víctima, que estaba consumida ya á la llegada de los

Pinarios, que solamente participaron del resto del banquete. Este es el origen del uso perpetuado hasta la extinción de la familia Pinaria, que les prohibía las primicias de las víctimas. Instruidos los Poticios por Evandro, quedaron por espacio de muchos siglos como ministros de este culto, hasta la época en que habiendo abandonado á esclavos estas funciones hereditarias en sus familias, perecieron todos por castigo. De todos los cultos que estableció Rómulo, este fué el único que tomó de los extranjeros; demostrando por este hecho la inmortalidad que había de merecer por su valor, y á la que sus hados le guiaban.

Convenientemente establecidos los ritos religiosos, reunió en asamblea aquella multitud, que solamente la fuerza de las leyes podía constituir en nación, y le dictó las suyas; y persuadido de que el medio más seguro de imprimirlas carácter sagrado á los ojos de aquellos hombres rudos era enaltecerse él mismo por medio de las señales exteriores de la autoridad; entre otros signos distintivos que revelaban su poder, rodeóse de doce lictores. Créese que eligió este número por el de los doce buitres que le presagiaron el imperio; pero me inclino á creer, como aquellos que encontrando entre nuestros vecinos los etruscos la primera idea de los aparitores y de esta clase de empleados públicos, así como la de la silla curul y de la toga pretexta, opinan que debe buscarse en estas costumbres también el origen de este número. Adoptóle para que de los doce pueblos que habían concurrido á su elección le diese cada uno un licitor. Entre tanto se agrandaba la ciudad, ensanchándose su recinto día por día, atendiendo más á sus esperanzas de población futura que á las necesidades de su población actual. Para dar alguna realidad á aquella grandeza, siguiendo Rómulo la antigua costumbre de los fundadores de ciudades que aseguraban

que la tierra había producido habitantes, abrió un asilo en el paraje cerrado hoy por una empalizada en la vertiente del Capitolio, entre los dos bosques. Esclavos y hombres libres, todos aquellos á quienes movía el deseo de novedades, acudían en multitud á refugiarse allí, y aquel fué el primer apoyo de nuestra naciente grandeza. Satisfecho de las fuerzas conquistadas, las sometió á ordenada dirección: estableció cien senadores, bien porque le pareciese suficiente el número, bien porque no encontrase más que mereciesen aquel honor. Lo cierto es que se les llamó Padres, y este nombre se convirtió en título y honor; sus descendientes se llamaron Patricios.

«Era ya Roma bastante fuerte para no temer á ninguna ciudad inmediata, pero carecía de mujeres, y toda aquella grandeza había de desaparecer en una sola generación; no teniendo esperanzas de sucesión dentro de la ciudad, tampoco tenían los romanos alianzas con sus vecinos. En situación tal, Rómulo, por consejo del Senado, les mandó legados con el encargo de pedirles amistad y mujeres para esposas del nuevo pueblo. «Las ciudades, decían, como todas las cosas del mundo, son pequeñas cuando nacen; mas después, si les ayudan su valor y sus dioses, adquieren renombre y poderío. No ignoráis que los dioses han patrocinado la fundación de Roma, y el valor romano no desmentirá este celestial origen: no debéis, por tanto, temer que vuestra sangre y vuestra raza se mezcle con ellos.» En ninguna parte recibió buena acogida la embajada; tanto despreciaban y temían á la vez aquellos pueblos para ellos y sus descendientes el poderío que se alzaba amenazador en medio de ellos. La mayor parte preguntaron á los legados, al despedirles, por qué no habían abierto también un asilo para las mujeres, porque de esta manera habrían tenido casamientos iguales. Ofen-

dióse por esta injuria la juventud romana, y desde entonces pudo comprenderse que se llegaría á la violencia; mas con el propósito de preparar circunstancias y parajes favorables, Rómulo ocultó su resentimiento y dispuso juegos solemnes, con el nombre de Consuales (1); en honor de Neptuno ecuestre. Mandó anunciar juegos en los puntos comarcanos, y se desplegó en los preparativos de la fiesta toda la pompa compatible con el estado de las artes y del esplendor romanos, para darles brillantez y despertar curiosidad. Multitud de espectadores acudieron, deseando también examinar la nueva ciudad, en particular de los pueblos más inmediatos, especialmente los cenenses, crustuminios y antemnatos. También acudió el pueblo entero de los sabinos con sus mujeres é hijos. Todos fueron alojados en la ciudad, y al contemplar su hermoso emplazamiento, sus murallas y el considerable número de casas que encerraba ya, quedaron maravillados de su rápido desarrollo. Cuando llegó el día de la fiesta, en el momento en que más absortos estaban los ojos y los ánimos, realizóse el plan concertado, lanzándose, á una señal, todos los jóvenes romanos para apoderarse de las doncellas (2). La mayor parte de éstas fueron presa del primero que las arrebató, y algunas, las más hermosas, reservadas á los senadores; los plebeyos, encargados de

(1) Estas fiestas, celebradas el 18 ó el 21 de Agosto, tomaban su nombre del dios *Conssus*, á quien estaban consagradas. Algunos creen que este dios era Plutón, *Jupiter Stygius*.

(2) Según Dionisio de Halicarnaso, el número de mujeres robadas fué de 683; otra tradición, que refiere Plutarco, lo limita á 90, y el robo solamente fué pretexto para atacar á los sabinos. Admitiendo como cierto este episodio de la historia romana, no puede menos de reconocerse que el rapto de las sabinas preparó la grandeza de Roma, impulsándola por aquel camino de guerras y conquistas por que marchó hasta que dominó el mundo.

este trabajo, las llevaban á sus casas. Una entre ellas, muy superior á sus compañeras por su apostura y belleza; cuando la llevaba un grupo de las gentes de un senador llamado Talasio, como no cesaban de preguntarles para quién la llevaban, con objeto de preservarla de toda ofensa contestaban sin detenerse: «A Talasio;» siendo este el origen de esta palabra, que se pronuncia en las ceremonias nupciales. El terror turbó las fiestas; los padres de las doncellas huyeron entristecidos, clamando contra aquella violación de los derechos de hospitalidad é invocando el dios cuyo nombre, atrayéndoles á la solemnidad de los juegos, había encubierto aquella perfidia y sacrilega asechanza. De la misma indignación y vergüenza participaban las víctimas del rapto; pero Rómulo, visitándolas una por una, les manifestó que aquella violencia solamente debían imputarla al orgullo de sus padres y á su negativa de enlazarse con un pueblo vecino; pero que iban á compartir como esposas con los romanos su fortuna y su patria, y que quedarían unidas con ellos por el vínculo más dulce que puede enlazar á los seres humanos, el de la maternidad. Debían por consiguiente moderar su rencor y dar sus corazones á aquellos á quienes la suerte había hecho dueños de sus personas. Suele la injuria ceder el puesto al cariño, y las prendas de su felicidad doméstica quedarían tanto más aseguradas, cuanto que sus esposos, no limitándose á llenar los deberes que este título les imponía, se esmerarían en reemplazar para ellas la familia y la patria que echaban de menos. A estas palabras se unían las caricias de los raptos, que atribuían á su amor la violencia de su acción, excusa que ablanda el ánimo de las mujeres.

Habían olvidado ya ellas la ofensa, cuando sus padres, más irritados que nunca, manchadas las vestiduras en señal de luto, sublevaban los pueblos con sus llo-

ros y lamentos. No encerraban su desesperación en el recinto de sus ciudades, sino que por todas partes acudían á Tito Tacio, rey de los sabinos, á quien dirigían todos los emisarios y legados, por la elevada consideración que merecía su nombre en aquellas comarcas. Los cenenses, crustuminios y antemnatos pertenecían á los pueblos ultrajados, y encontraban á Tacio y á sus sabinos demasiado lentos en decidirse. Coligáronse estos tres pueblos para una guerra común; pero los crustuminios y antemnatos andaban todavía demasiado lentos para levantarse, según el deseo de los cenenses por vengarse, que solos y con sus propias fuerzas invadieron el territorio romano. Pero mientras saqueaban en desorden, acudió Rómulo á su encuentro con su ejército, demostrándoles con la fácil victoria que consiguió que la cólera sin fuerzas es siempre impotente. Deshizo sus huestes, dispersóles, les persiguió en su derrota, mató por su propia mano á su rey y se apoderó de sus despojos. La muerte del jefe enemigo le entregó la ciudad; y al regreso de su ejército victorioso, Rómulo, que unía al genio de las grandes empresas la habilidad de realzarlas, suspendió á su trofeo, preparado al efecto, los despojos del rey muerto, y subió al Capitolio, depositándolos allí al pie de una encina consagrada por la veneración de los pastores; dedicólos á Júpiter y trazó el recinto de un templo que dedicó á este dios con nuevo nombre: «Júpiter Feretriano, exclamó, á ti te ofrecé estas armas reales un rey vencedor y te consagra un templo cuyo recinto acaba de medir su pensamiento. Aquí quedarán depositados los despojos opimos que mis sucesores, que vencerán como yo, arrancarán con la vida á los reyes y jefes enemigos.» Tal es el origen de aquel templo, el primero que se consagró en Roma. Los dioses se dignaron ratificar después la predicción de los fundadores del templo, haciendo que sus descen-

dientes les imitasen, pero sin permitir que se multiplicasen tanto que desmereciesen en valor. En tan considerable número de años ocupados por tantas guerras, solamente se llevaron dos veces despojos opimos; tan avara fué la fortuna de este honor.

Mientras los romanos se dedican á estas fiestas religiosas, aprovechando la ocasión los antemnatos entraron por las abandonadas fronteras. Rápidamente acudió á su encuentro una legión romana (1), sorprendiéndoles dispersos por los campos. Al primer ataque, al primer grito de guerra huyeron los antemnatos y cayó su ciudad en poder de los romanos. Hersilia, esposa de Rómulo, constreñida por los ruegos de las mujeres robadas con ella, aprovechó el regocijo de aquella doble victoria para suplicar á su esposo que perdonase á sus padres y los recibiese en la ciudad, siendo éste el medio mejor para establecer la concordia. Consiguíolo sin trabajo y marchó Rómulo contra los crustuminios, quienes, desalentados ya por la derrota de sus aliados, opusieron menos resistencia que aquéllos. A unos y á otros mandaron colonias, presentándose mayor número para Crustumino por razón de la feracidad de sus campos, al mismo tiempo que frecuentes emigraciones principales de las familias de las mujeres robadas, acudían de aquellos parajes á aumentar la población romana. Fué la última guerra la de los sabinos, y también la más empeñada, porque este pueblo obró con calma y tranquilidad, no precediendo amenazas al ata-

(1) Según su división en diez cohortes, compuestas de tres manipulos, divididos cada uno en dos centurias, el total de soldados de cada legión debía ser de 6.000. Pero este número varió en diferentes épocas. Según Plutarco, en tiempo de Rómulo la legión constaba de 3.000 peones y 300 jinetes. Desde Servio hasta la batalla de Cannas, el número de legionarios era de 4.200. En tiempos de Polibio se elevó á 5.200; y últimamente Mario, durante su primer consulado, lo elevó á 6.000.

que, ni rechazando en su prudencia los consejos de la astucia. Mandaba en la fortaleza romana Spurio Tarpeyo, y seducida su hija con las dádivas de Tacio, prometió entregar la fortaleza á los enemigos. Saliendo la joven, como por casualidad, fuera del recinto para tomar agua, penetraron los sabinos y mataron á la doncella, ora para demostrar que habían entrado por la fuerza, ora para dar á entender que nadie está obligado á guardar fe á los traidores. Añádese que los sabinos, que llevaban en el brazo izquierdo pesados brazaletes de oro y anillos guarnecidos de piedras preciosas, habíanse comprometido á pagar la traición con los objetos que tenían en la mano izquierda; por cuya razón arrojaron sobre la joven los escudos en vez de las joyas, ahogándola con su peso. Dicen otros que al pedir á los sabinos los adornos del brazo izquierdo, Tarpeya se refería verdaderamente á las armas; pero sospechando un lazo los sabinos, la aplastaron bajo el peso mismo del premio.

Apoderáronse, pues, los sabinos de la fortaleza; y á la mañana siguiente, formado en batalla el ejército romano, llenaba con sus huestes el terreno que media entre el monte Palatino y el Capitolino. No habían salido los sabinos á su encuentro, cuando impulsados por la ira y el deseo de recobrar la fortaleza, lanzáronse los romanos á las alturas. Por una y otra parte animaban los jefes á los combatientes; á los sabinos, Mecio Curcio y á los romanos Hostio Hostilio. Colocado éste en la primera fila, y á pesar de lo peligroso de su posición, sostenía á los suyos con su audacia y su valor; mas en cuanto cayó, el ejército romano cedió de pronto y fué rechazado hasta la antigua puerta Palatina. El mismo Rómulo, arrastrado por la muchedumbre de fugitivos, alzó sus armas al cielo exclamando: «¡Oh Júpiter! Por obedecer tus mandatos y bajo tus sagrados auspicios,

páse en el monte Palatino los cimientos de esta ciudad; la fortaleza, comprada por un crimen, está en poder de los enemigos, que han cruzado el centro del valle y avanzan hacia aquí. Pero tú, padre de los dioses y de los hombres, recházales al menos de estos parajes; devuelve el valor á los romanos y detén su vergonzosa fuga. Aquí mismo te ofrezco un templo bajo el nombre de Júpiter Stator (1), eterno monumento de la salvación de Roma, preservada por tu poderosa protección.» Dicho esto, y como si estuviese cierto de que había sido escuchado su ruego, añadió: «Romanos, Júpiter Optimo Máximo os manda detener y volver al combate.» Detuviéronse en efecto cual si obedeciesen el mandato del cielo, y Rómulo corrió á las primeras filas. Mecio Curcio, al frente de los sabinos, había bajado de la fortaleza persiguiendo á los derrotados romanos en toda la extensión del Foro. Acercábase ya á la puerta Palatina (2) gritando: «Vencidos están estos huéspedes pérfidos, estos cobardes enemigos, y al fin aprenden que es muy diferente robar doncellas á combatir con hombres.» Al oír tan orgullosas palabras cayó Rómulo sobre Mecio con un grupo de los jóvenes más esforzados. Mecio combatía entonces á caballo y era más fácil rechazarlo; persiguiéronle, y lo restante del ejército romano, enardecido por la audacia de su rey, derrota á su vez á los sabinos. Asustado el caballo de Mecio por el tumulto de la persecución, le arroja á una charca, acudiendo los sabinos al peligro que corría su capitán. Unos le animan, otros le llaman y Mecio consigue escapar. Comienza de nuevo el combate en el valle, pero los romanos quedan vencedores.

(1) En el foro romano se conservan todavía tres columnas del templo de Júpiter Stator, fundado en el año 458 de Roma.

(2) Encontrábase cerca de la tribuna de las arengas. Llamábase también *Porta Romuli*.